

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 215

25 cts

31 MARZO
1929



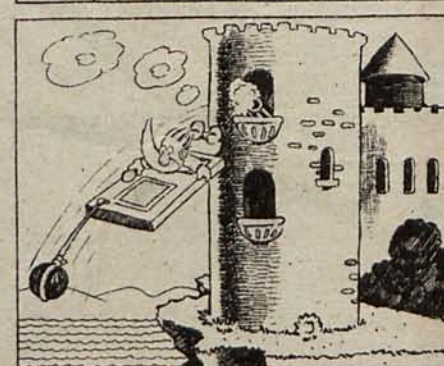
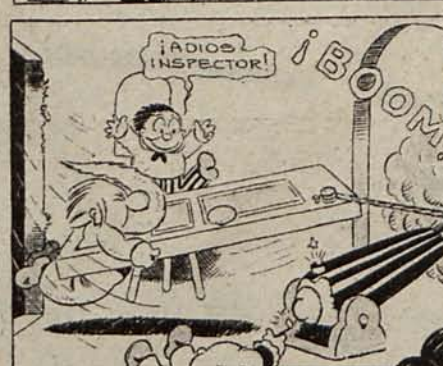
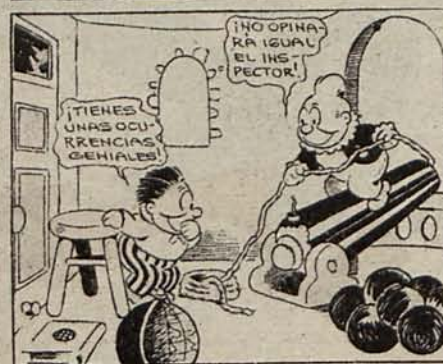
—MIRA SI TOCARÉ BIEN QUE DON TURULATO PREFIERE QUE LE TOQUE
YO, A QUE LE TOQUE LA LOTERÍA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

quién, la persona encargada de entregármela, apenas llegada a París, ha sido víctima de una violencia, sin motivos aparentes? Y ¿por qué razón escondía la carta en la gorra?

—Todo eso es evidéntísimo; hasta la carta misma te lo dice. Aquí está: «...para que yo me aventure a confiarlo a uno de mis criados, el cual temo fundadamente pueda ser objeto de persecuciones por parte de mis cómplices».

Los asesinos del criado son estos cómplices, o sus mandatarios. No hay lugar a duda. Y el crimen no tenía otro fin, que el impedir que la carta llegara a tus manos. Puede ser también que los asesinos hayan tratado de inducir a la víctima a entregarles a ellos la misiva, y que el delito haya sido consecuencia de la repulsa que obtuvieran...

—Pero ¿por qué no se halló más que una mitad de carta, reducida a un girón de papel rasgado y deslucido?

—Eso no lo veo aun bastante claro. La hipótesis más admisible es la de que el criado haya sido blanco de una tentativa precedente, encaminada a apoderarse de la carta, no a suprimir al portador. Por circunstancias que no cabe imaginar, y de seguro después de una larga y violenta contienda, los asesinos pudieron echar mano a la carta y apoderarse de una mitad; lo que me hace presumir que fué escrita en dos pliegos separados. Para avalorar esta suposición de una tentativa precedente, existe el hecho de que la hoja que ha quedado esté tan arrugada y macerada. La primera tentativa debe de haber impulsado al fiel servidor a ocultar el resto de la carta entre la tela y el forro de su boina. Eso es para mí, todo.

—¡Admirable! Has expresado con palabras todo lo que yo pensaba confusamente. Sobre todas esas conjeturas que deben de estar muy cerca de la verdad, creo yo que puedo hacer dos todavía, de carácter más general pero de considerable importancia. He aquí lo que pienso: O los misteriosos perseguidores conocen el lugar preciso donde habita su cómplice, y entonces, vista la inutilidad de la tentativa consumada contra el portador del pliego, volverán entera su actuación contra el remitente el cual de todos modos debe de haberse prevenido contra ese riesgo y tendrá tomadas las necesarias disposiciones para que los papeles no caigan en otras manos que las a que están destinados, o no conocen el punto donde vive su cómplice arrepentido y confeso; y en caso tal, el hacerse con la carta, tenía para ellos dos ventajas capitales: la de impedir que yo la recibiese, y la de tener noticias circunstanciadas acerca del sitio en que los papeles en cuestión están custodiados con tan plausible celo. Ahora, si la otra parte de la carta está entre sus manos, como todo nos hace suponer, comienza justamente con el nombre del río que desconocemos nosotros, y con ello tienen los malvados la indicación más importante. Es verdad que ellos ignoran el punto concreto donde se halla la morada del cómplice; es verdad también que el curso de los ríos de que se trata es larguísimo, pero de todos modos, el campo de sus investigaciones es bastante reducido en comparación con el nuestro, que pasa en cambio del uno al otro hemisferio, y toca diversos puntos del globo muy separados entre sí.

—¿Y sabes tú quién pueda ser el autor de la carta que has recibido?

—Sí, fuera de los tres contumaces condenados por la sentencia de Tolón, no hay otros cómplices ignorados, el remitente no puede ser más que el teniente Larouchy de quien reconoz-

co perfectamente el estilo y aun la letra; la alusión a la mujer y a la niña abandonadas me da por otra parte la certeza más absoluta.

—Queda aun una cosa que no acierto a entender. ¿Por qué no ha confiado la carta al correo? Eso hubiera sido más expedito y quizá más seguro.

—De fijo ignoraba si yo vivía aún y dónde. El criado, a mi parecer, debía preguntar por mí, primero en Tolón y después en París, y seguirme los pasos donde quiera que me encontrase hasta encomendarme la carta. El muerto, que estaba completamente desprovisto de documentos de identidad, llevaba encima una fuerte suma, de diez y siete mil francos en dinero francés, que le habrían sido sobradamente suficientes para continuar sus pesquisas cuando no hubiera podido tener de mí noticias más prontas. Pero mi notoriedad de periodista debe de haberle indicado mi persona y mi paradero no bien llegado a París, y la carta me habría sido remitida en el acto, a no mediar el atentado que le costó la vida. La forma de ese atentado revela además que los asesinos no son indudablemente agresores de profesión. Un asalto sin otra mira que la sustracción de una carta, y la cartera intacta lo prueba a las claras, requiere el uso de armas silenciosas, la mordaza primero y la navaja después, como acostumbran los profesionales en negocios de este género. En vez de esto, nuestros adversarios matan al desgraciado de tres tiros de revólver; los disparos, como es natural, atraen al lugar del delito a los transeúntes y a los guardias, y los malhechores tienen que huir, renunciando a buscar en las ropas del herido la preciosa carta, que de cierto habría acabado por caer en sus manos si ellos hubieran podido buscarla con más holgura.

—Veo, querido, que eres de la madera de que se hacen los jueces de instrucción. Habrías sido un *detective* de cuerpo entero.

—¿Estás convencido de cuanto te he expuesto?

—Convencidísimo. Has examinado minucio-

samente todas las circunstancias del delito y de ellas has sacado deducciones atinadísimas. Pero ahora pienso con temor que tú puedes ser objeto de las mismas persecuciones de parte de los mismos desconocidos, los cuales tienen todo interés en impedirte hacer gestión ninguna.

—¡Bah! no es ciertamente el valor lo que me falta.

—Querido, el valor no te podrá servir cuando un vil te acometa por la espalda o cuando sean varias personas las que te hagan frente. Prudencia es lo que necesitas; mucha prudencia. Estás en el deber de salvar tu vida que en este momento es inestimable; y cada acto tuyo no debe tener en adelante más que un fin: la libertad de tu padre.

Enrique me apretó la mano nuevamente y, fijando sus ojos en los míos, me dió gracias con una mirada.

—Te aconsejo además —continué— que destruyas, o escondas por lo menos la carta, porque sería un grave contratiempo que tus enemigos lograran arrebatártela.

—Había pensado efectivamente confiártela a tí, si tú quisieras...

—¡Figúrate! La responsabilidad es grande, pero yo mismo me hubiera ofrecido a asumirla.

Enrique me alargó el pliego, ajado y maltrecho, que yo guardé cuidadosamente en el bolsillo interior de mi cartera; plegué luego el croquis del mapa y lo guardé igualmente.

—También esto da indicaciones demasiado valiosas para que deba ser defendido del mismo modo de una posible tentativa de hurto.

Mi amigo mojó los labios abrasados en la mixtura de jarabe y seltz que había olvidado ya tener delante, y luego prosiguió con una calma razonadora que me extrañó no poco tras el decaimiento y la desconfianza de poco antes.

—Y llego a las conclusiones. Deteniéndonos en la hipótesis que parece más próxima a la realidad, mis adversarios no conocen el emplazamiento preciso de la residencia de su cómplice,

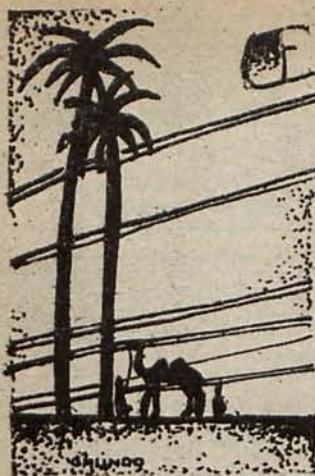
(Continuará en el próximo número)

ANITA BUEN- CORAZON



EL HEROE DE KARTHUM

por E. JACOB



Una de esas frías noches del invierno londinense en 1884, cuando las espesas nieblas del Támesis se alzan a vaharadas más densas extendiéndose por los hu-

mosos tejados de Londres, un carruaje tirado por dos fogosos caballos se detenía ante una modesta casa de la inmensa ciudad y de él se apeó un elegante caballero que llamó imperiosamente en su puerta tocando la campanilla de la cancela. Un criado negro al oír aquellos campanillazos que tenían no se qué de orgullo corrió a abrir al visitante nocturno.

—¿Está en casa el general Gordón? —preguntó aquel caballero.

—Sí señor, pero...

—Dígame que Lord B... de la Casa de S. M. la Reina de Inglaterra desea hablarle con urgencia y que los minutos apremian.

Aquellas palabras pusieron alas en los pies del viejo criado negro. Un mensajero de la potentísima soberana de Inglaterra y emperatriz de la India, dueña de una sexta parte del mundo, no debía hacerse esperar. Un momento después, Lord B... estaba en el gabinete del general, una salita modestísima, sin lujo, decorada solamente con telas y baratijas chinas.

El general, que entonces tenía sesenta años, estaba inclinado sobre su escritorio de nogal leyendo... la Biblia. La vida del General Gordón había sido una verdadera odisea y pocos hombres en el mundo habrán logrado una popularidad como la suya.

Surgido casi de la nada logró mediante el profundo genio de su cerebro, asombrar a todos los pueblos de la tierra. Fué su primer sueño el llegar a ser un modesto ingeniero, y apenas salió de la Escuela de Woolwich, en vez de recluírse en Londres, sintió el afán irresistible de recorrer todo el mundo.

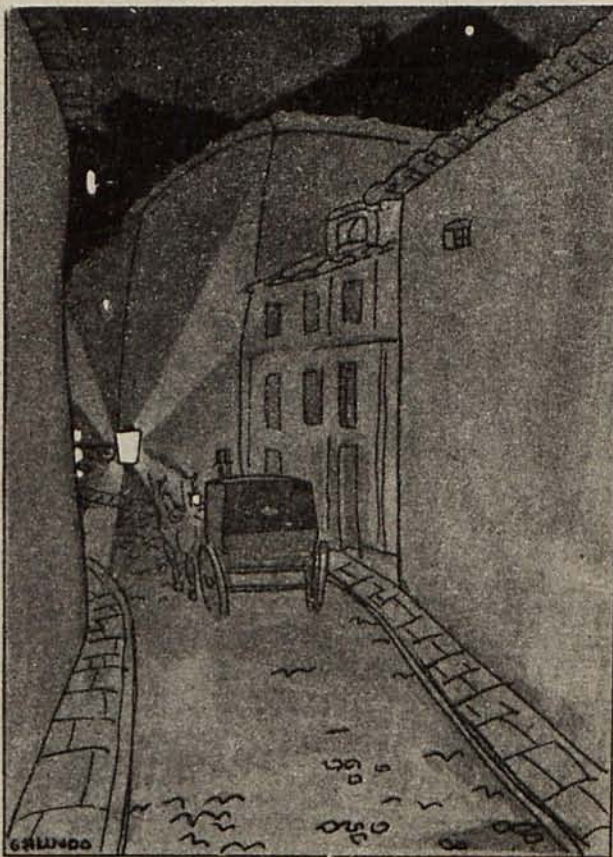
Aquel hombre poseía todas las envidiables cualidades para llegar a ser un genio, y ocupar siempre un alto puesto: tenía la sagacidad del matemático en el mayor grado, la temeridad de un soldado de hierro y la tenacidad de un profeta. Vedlo en Oriente, en Occidente, llevado por una sed ardiente de ver todo, de estudiar todo, de enseñar todo. Visita ciudades y regiones casi desconocidas por los europeos con la Biblia en mano, predicando, él, futuro hombre de guerra, la religión cristiana y al mismo tiempo construyendo admirables fortalezas con toda la precisión científica. Una terrible insurrección que amenazó derrocar el imperio chino fué la causa de que el apóstol se convirtiese en uno de los guerreros más admirables del mundo. Los Taiping chinos, cansados

de la dinastía que gobernaba el inmenso imperio chino caían por todas partes destruyendo el ejército imperial, incendiando ciudades y pasando a cuchillo por miles y miles a los habitantes. Gordón dejó los compases, los lápices y la Biblia y se improvisó en guerrillero. Reunió en torno a sí a los soldados más inútiles que puede imaginarse, pues estaban desmoralizados a causa de tantas derrotas; en pocos días los instruyó los equipó, los ordena y hace maniobrar contra las innumerables hordas de Taiping, dueñas ya casi de medio Imperio Chino.

Y ved lo más increíble: el ingeniero convertido de improviso en general, sofocó en pocos meses la rebelión por completo y devuelve a la China ensangrentada la calma y sus ciudades perdidas.

Soltada ya la espada, ved a Gordón entregado otra vez a sus tareas de ingeniero. En 1871 se le vuelve a ver en el Támesis construyendo los fuertes de Gravesend; después en Rumanía regularizando el Danubio y haciendo obras imponentes, después en Sudán donde despliega las más brillantes cualidades de general y de gobernador, juntamente con el llorado italiano Rómulo Gessi, después en Jérsalen...

Quería visitar todas las ciudades y campos que fueron testigos de la tragedia del Gólgota y de las historias bíblicas.





Con ayuda de los más rigurosos documentos y deducciones de la ciencia pura Gordon logró señalar el monte sobre el cual se posó el arca de Noé y después quizá satisfecho ya, se volvió a su casa para reanudar sus estudios preferidos.

Creía cumplida su misión en este mundo pero el destino le reservaba aún algo más grande. El modesto ingeniero tenía que llegar a ser uno de los héroes más grandiosos y debía acabar su fecunda vida trágicamente entre el sentimiento y llanto general de todo el mundo.

.....
Gordon, al ver entrar al lord, se levantó, imaginándose cual fuera el motivo de su visita.

—General—le dijo sin preámbulos el enviado de la reina de Inglaterra—se necesitan vuestros servicios.

Gordon se inclinó sin responder pero fijó en el lord una de esas miradas que llegan a lo más profundo del alma.

—Ya sabéis, quizá mejor que yo, — prosiguió Lord B...—que todo el Sudán que habéis gobernado durante cinco años con tanta admirable energía y sagacidad se ha levantado en armas. El Mahadí, ese hombre fatal a la civilización egipcia ha vuelto a salir de sus desiertos y ha vuelto a vencer y a exterminar a nuestras tropas.

Nuestro general Hicks Pachá ha sido acuchillado en Kasghill juntamente con sus trece mil hombres: Dongola ha sido tomada y su guarnición pasada a filo de espada y el Mahadí, el profeta que se dice encargado de exterminar a los cristianos se prepara a invadir Egipto y ponerlo a hierro y fuego hasta el delta del Nilo.

Gordon conservaba su mutismo. Él, que durante cinco años había gobernado el Sudán, que conocía a fondo el fanatismo musulmán de aquellos pueblos, sabía mejor que nadie el terrible huracán que había desencadenado el Mahadí, aquel oscuro ermitaño que sólo con su palabra en un momento había fanatizado a todos los habitantes del desierto de Nubia predicando el exterminio de todos aquellos que no creyesen en Mahoma.

—General—dijo el lord al no recibir respuesta.—

La reina confía en la ayuda de uno de sus más fieles súbditos.

Gordon permaneció aun callado.

—Inglaterra os mira y espera de vos que defendáis el honor de su bandera.

Gordon alzó la cabeza. Una rápida conmoción se había operado en el semblante del vencedor de los Taipings de China.

—Y la patria además os llama.

Gordon soltó un leve suspiro.

—Decid a Su Majestad la Reina que Gordon irá a defender la bandera inglesa y a sus hijos. O refreno los golpes de Mahadí o Gordon no vuelve más a Inglaterra.

Pocos días después el viejo general desembarcaba en Alejandría saludado por todos como un salvador y partía inmediatamente para Karthum, la capital del Sudán, el último el baluarte que aun quedaba a Egipto y a Inglaterra su protectora y a la cual ya amenazaban las hordas de los rebeldes.

Bien sabía Gordon las díficiles ultades que le esperaban y además sabía cual había de ser su suerte.

(Continuará en el próximo número)



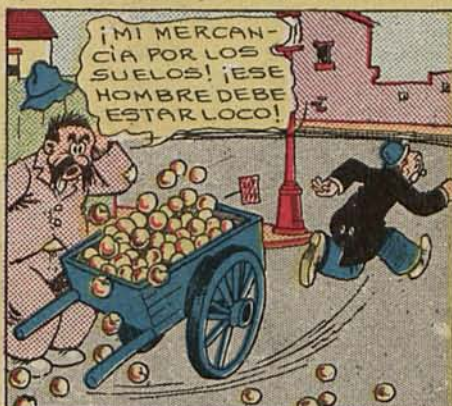


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

EL VIAJE DE PULGARCITO

Casilla



N sastre tenía un hijo que era tan pequeño, que no abultaba más que un dedo pulgar, y por esto le llamaron Pulgarcito.

A pesar de ser tan pequeño era valeroso, y dijo a su padre:

—Padre, quiero correr el mundo.

—Bueno, hijo mío—dijo el viejo.

Y, tomando una aguja gorda, le hizo un puño de lacre, y añadió:

—Toma tu espada para el camino.

Antes de marcharse, el sastrecillo quiso comer, y fue a la cocina a ver lo que su madre le había preparado, y si estaba servido en la fuente.

—Madre —preguntó—, ¿qué hay que comer hoy?

—Míralo tú mismo—dijo la madre.

Pulgarcito, subiéndose de un salto al fogón, miró en la fuente; pero como metió demasiado la cabeza, el vapor de la comida le hizo volar por la chimenea.

Un rato estuvo Pulgarcito volando por el aire sostenido por el vapor, hasta que por fin cayó de nuevo a tierra.

Entonces se vio en el ancho mundo, y, andando sin rumbo fijo, entró de aprendiz; pero la comida que le daban no le parecía muy escogida.

—Señora maestra, si no me dais de comer mejor —dijo Pulgarcito—, me marchó, y mañana por la mañana escribiré con yeso a la puerta de vuestra casa:

«Demasiadas patatas, carne poca. ¡Adios, señor rey de las patatas!»

—¿Qué querrás tú, saltamontes? —contestó la maestra.

Y, enfadada, agarró sus trapos para pegarle.

Pero el sastrecillo, metiéndose debajo del dedal, sacaba la lengua a la señora maestra.

Esta, levantando el dedal, quiso cogerle; pero Pulgarcito saltó entre los trapos, y, mientras la maestra los sacudía y le buscaba, se metió en el cajón de la mesa.

—¡Hola, hola, señora maestra! —exclamó sacando la cabeza.

Y siempre que le quería pegar, Pulgarcito se escondía en el cajón.

Pero al fin le cogió y le echó de casa.

El aprendicillo fué andando, y llegó a un bosque muy grande, donde encontró una partida de ladrones, que tenían intenciones de robar el tesoro del Rey. Cuando percibieron a Pulgarcito, pensaron:

—Un pequeño monigote como éste, puede pasar por una cerradura, y nos puede auxiliar.

—¡Hola —exclamó uno de ellos—, gigante Goliat! ¿Quieres entrar en el real tesoro? Puedes introducirte en él y tirarnos el dinero.

Después de meditarlo un rato, Pulgarcito dijo que sí, y fue con ellos al tesoro. Allí examinó la puerta de arriba a abajo, para ver si tenía alguna grieta. Pronto encontró una, y por ella entró. Pero a la parte adentro había dos centinelas, y, al verle salir por la grieta, uno de los centinelas dijo al otro:

—¡Qué araña tan fea!... La pisaré.

—Deja al pobre animalito —dijo el otro—: no te ha hecho nada.

Pulgarcito llegó sin novedad a la Tesorería, abrió la ventana, debajo de la cual estaban los ladrones, y les fue tirando un duro después de otro.

Pero de pronto el sastrecillo oyó llegar al Rey, que quería examinar su Tesorería, y se escondió con toda prisa.

El Rey notó que faltaban muchos duros, y al marcharse dijo a los centinelas:

—Tened cuidado: alguien está andando con el dinero.

Cuando Pulgarcito empezó de nuevo su trabajo, oyeron los guardias sonar el dinero y acudieron inmediatamente; pero cuando, buscando, llegaron al sitio donde se ocultaba Pulgarcito, ya éste había saltado a otro rincón y escondiéndose, gritando:

—¡Hola! ¡Aquí estoy!

Los centinelas llegaban corriendo al sitio de donde salía la voz; pero, mientras, Pulgarcito ya estaba en un tercer rincón del cuarto, y gritaba:

—¡Eh! ¡Aquí estoy!

De esta manera se burló de ellos y los hizo correr por la habitación, hasta que, cansados, se marcharon.

Luego, poco a poco, tiró todos los duros por la ventana; el último lo arrojó con todas sus fuerzas y, montándose en él de un salto, voló por la ventana.





Los ladrones celebraron mucho su treta, y decían:

—Eres un verdadero héroe; ¿quieres ser nuestro capitán?

Pero Pulgarcito, dándoles las gracias, dijo que tenía que ver el mundo.

Repartieron entonces el botín entre ellos, y el sastrecillo no pidió más que un céntimo, por no poder llevar más.

Luego, ciñéndose de nuevo su espada, dio los buenos días a los ladrones y se puso en camino.

Se contrató con varios sastres para aprender el oficio; pero no le llegaba a gustar, y entró de criado en una posada.

Las criadas no le querían bien, porque, sin que lo notaran, veía todo lo que hacían en secreto, y las acusaba a los señores si quitaban algo de los platos o de la cueva.

Por fin dijeron ellas un día:

—Verás, ya te arreglaremos.

Y convinieron en hacerle una mala pasada.

Poco después, estando una de las criadas segando, y viendo a Pulgarcito saltar por el jardín, le recogió a toda prisa entre las hierbas, lo envolvió en un pañuelo grande, y se lo echó a las vacas.

Entre éstas había una negra, muy grande, que se lo tragó entero, sin hacerle daño.

Poco le gustaba a Pulgarcito su nueva casa, porque estaba muy oscura y no había ninguna luz dentro.

Al poco rato entró el amo de la casa y dijo:

—Mañana se matará esta vaca.

Entonces Pulgarcito, asustado, gritó con voz clara:

—¡Ay! Dejádme salir antes; estoy dentro.

El amo lo oyó, pero no sabía de donde venía la voz.

—¿En dónde estás? —preguntó.

—Dentro de la negra —contestó.

Pero el amo no comprendía lo que quería decir, y se marchó

A la mañana siguiente mataron la vaca; felizmente, al desmenuzarla y partirla, no lastimaron a Pulgarcito; pero le metieron entre la carne para las morcillas.

Al empezar el carnicero a picar la carne Pulgarcito gritó con todas sus fuerzas:

No des muy fuerte, que estoy debajo.

Pero con el ruido de los cuchillos no le oía nadie, y Pulgar-

cito no sufrió pocos apuros; pero la necesidad da valor, y saltó con tanta ligereza por entre los cuchillos, que ninguno le tocó.

Pero no había logrado, con todo, escaparse, pues le agarraron entre unos pedazos de tocino y le metieron en una morcilla.

Un poco estrecha era la habitación, y además le colgaron en la chimenea para humearlo; así es que el tiempo se le hacía bastante largo.

Por fin, en invierno le bajaron, porque iban a servir la morcilla a un huésped.

Y cuando la posadera se puso a cortar la morcilla, Pulgarcito tuvo cuidado de no sacar la cabeza demasiado, para que no le cortase el pescuezo; pero, aprovechando una buena ocasión, de un salto se escapó.

El sastrecillo no quiso quedarse entonces más en aquella casa donde le había ido tan mal, y se puso en seguida en camino.

Pero su libertad no fué de larga duración; en el camino se cruzó con un zorro que, distraído, se lo tragó.

—¡Eh, señor zorro! —gritaba el sastrecillo—; soy yo el que está en vuestra garganta; ¡soltadme!

—¡Tienes razón! —respondió el zorro—; para mí eres tanto como nada; si me prometes las gallinas del corral de tu padre, te suelto.

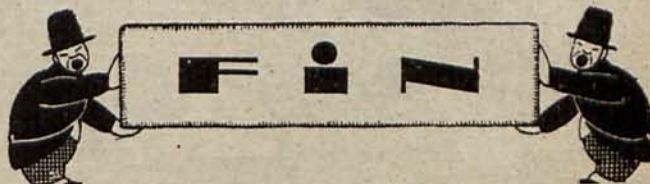
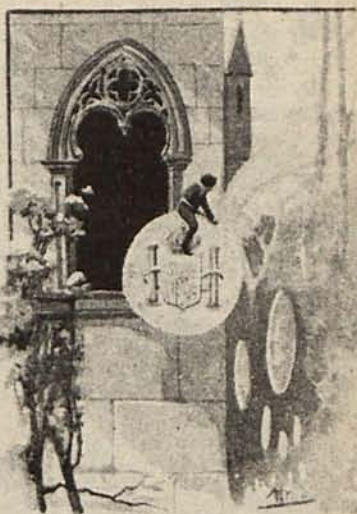
—Con mucho gusto —contestó Pulgarcito—; tendrás las gallinas, te lo prometo.

Entonces el zorro le soltó y le llevó en persona a casa de su padre.

Al ver el padre otra vez a su hijito querido, le dió al zorro con mucho gusto todas las gallinas que tenía.

—Te traigo una buena moneda —dijo Pulgarcito a su padre, dándole el céntimo que había adquirido en su viaje.

El sastré mandó hacer una casa como la jaula de un canario, y allí vivió muchos años Pulgarcito, sin acordarse de nuevas aventuras.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón. ¿Qué quieres saber hoy?
—Nuestra charla de hoy, si te parece, mi querido buho, la dedicaremos al bisonte.

—A ese toro salvaje tan temido de los habitantes, de las regiones donde abunda.

—¿Entonces es un toro el bisonte?

—Pertenece, como el toro, a la especie de los bóvidos, pero su aspecto es muy distinto al del toro común. El bisonte tiene la cabeza corta, la frente muy ancha y los cuernos extraordinariamente separados, hasta el punto de que en el espacio que media entre ellos pueden muy bien sentarse tres hombres corpulentos. En el cuello y la espalda tiene una crin de largos pelos, y bajo la barba una bola a modo de perilla. Los ojos son grandes, brillantes y de expresión maligna. Su piel exhala un fuerte olor a almizcle. En el lomo aparece un promontorio a modo de pequeña joroba.

—¿Es muy grande el bisonte?

—Viene a tener, por término medio, cerca dos metros de alto por tres y medio de largo y su peso oscila entre seiscientos y ochocientos kilos. El bisonte hembra es algo menor, de presencia más esbelta, los cuernos más débiles y la melena bastante más desarrollada.

—Habrá que temerles tanto como a los toros ¿verdad?

—Generalmente no ataca al hombre que no se mete con ellos. Pero se convierte en una verdadera fiera si se le persigue o se le acosa. Su acometividad es mayor en el invierno que en el verano y desde luego es prudente siempre evitar el encuentro con este animal.

—¿Pues no dices que deja pasar tranquilamente al que no se mete con él?

—Así es, pero no permite ningún acercamiento a donde él está. Por eso los campesinos que encuentran un bisonte atravesado en un camino se detienen a respetable distancia y esperan a que él quiera apartarse de la senda cuyo paso interrumpe. Ama mucho la independencia y cuando está furioso saca su lengua azulada, se le llenan los ojos de sangre, levanta la cola, baja la cabeza y se precipita con rabia feroz sobre el objeto que ha excitado su cólera. Algunos gustan de vivir en reunión con otros tres o cuatro, pero hay otros, llamados solitarios, que no admiten compañía de nadie, ni aun de sus semejantes, y estos son los más temibles porque parece que se complacen en salir a los caminos como en actitud de desafío a todo el que quiera transitar por ellos.

—También los demás animales le tendrán miedo.

—Desde luego, casi todos le temen, pero el oso y el lobo se atreven con él. Claro que para atacarle, nunca lo hacen solos y buscan la ayuda de otros osos y lobos.

—Qué curiosa debe de ser la lucha entre estas fieras ¿No te gustaría a ti ver uno de estos combates?

—No me seducen ni poco ni mucho las luchas cruentas entre los animales. Me gusta más verlos jugar y retozar. Pero reconozco que un encuentro agresivo entre fieras es una cosa muy interesante.

—¿Tu has visto alguna vez una lucha de bisontes?

—Hace mucho tiempo que tuve que presenciar una. Llovía a cántaros y estaba yo refugiado en el agujero de un peñasco. Debajo de mi había una llanura y a ella llegaron corriendo dos bisontes en direcciones contrarias. Los dos venían a guarecer-

se en una pequeña cueva que se abría en el mismo peñasco donde yo estaba. Los dos no cabían en la cueva y era preciso disputársela por medio de la lucha. Cuando los dos se vieron frente a frente se quedaron plantados un instante, luego escarbaron la tierra, mugieron con rabia, agitaron la cabeza, azotaron el aire con la cola, y con los cuernos bajos se lanzaron el uno contra el otro con furia inusitada. Se oyó el violento choque de sus cabezas y quedaron un momento con los cuernos entrelazados. Nuevamente volvieron a acometerse con más bríos que antes y esta vez al empuje del más fuerte, cayó el más débil al suelo donde el contrario lo corneó a su gusto sin dejarlo levantar. Muy mal herido debió de quedar por cuanto al abandonar el otro la lucha quedó aquel tendido en el suelo lanzando lastimeros mugidos. Al cabo de un cuarto de hora se levantó el herido y torpemente dando tras pies, se alejó de aquel lugar.

—¿Y no llegan a matarse en estas luchas?

—Es muy raro que en la pelea pierdan la vida porque además de lo fuerte que es su cráneo, está también protegido por un espeso vellón, que amortigua los efectos de los golpes y además los cuernos son demasiado cortos para herir a un adversario de la misma fuerza.

—¿Es fácil cazar un bisonte?

—No es, desde luego, de las cazas más difíciles. Hay diversos procedimientos para darle caza. Los indios lo cazan con flechas, pero hace falta disponer de un caballo que resista mucho para poder perseguir al bisonte durante largo rato. Una vez herido por las flechas, cae al suelo extenuado, donde se espera a que pierda fuerzas para hacerse con él. Hay otro sistema de caza que es muy curioso.

—Cuéntame, cuéntame.

—El indio, cuando ve una manada de bisontes se cubre con una piel de lobo y anda a gatas llevando sus armas preparadas y describiendo eses; cuando se halla cerca de un bisonte puede matarlo disparando un arma de fuego sin temor de que los demás salgan huyendo.

—Es extraño que no se asusten de los disparos ¿no te parece?

—El ruido de la detonación no turba su tranquilidad y en cambio se excitan en cuanto el olfato les delata la proximidad del hombre.

—Supongo que la piel del bisonte, lo mismo que la del toro, se aprovechará para curtirla y destinarla a usos industriales.

—No sólo es la piel lo que se aprovecha de este animal. La carne, que es de gusto exquisito, se cura y se seca para venderla en latas; la lengua es un bocado delicioso. Con los huesos se hacen arzones y cuchillos; las pezuñas sirven para fabricar cola; los tendones para arcos de sus flechas y cuerdas de sus instrumentos de música, las crines para tejidos, y hasta la cola se utiliza para espanta-moscas.

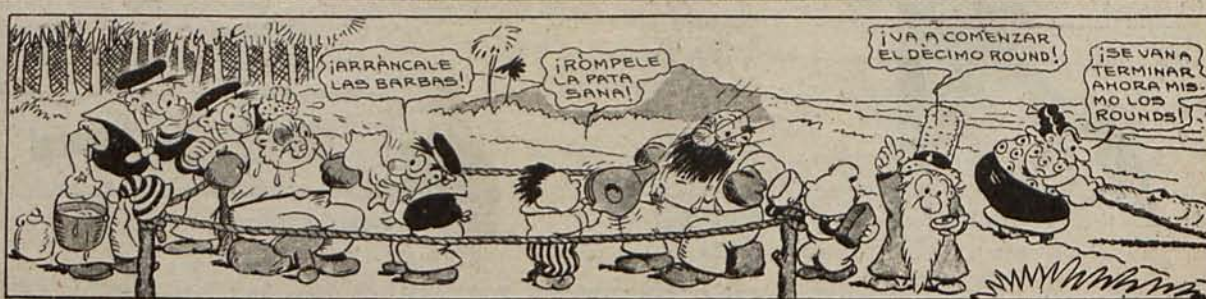
—Puede compararse, por lo que veo, a la ballena. Recuerdo que cuando me hablaste de este animal, me dijiste que todo en él era aprovechable.

—Es exacto. Veo que tienes buena memoria.

—Es que me fijó mucho en todas tus charlas. No pierdo detalle.

—Así debe ser, Chononcito. Y el día de mañana serás un hombre que podrás hablar de todo un poco.

—Gracias a ti, querido buho.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Torres
Rafael Llevata



Mi pueblo
Benigno Piquero
8 años



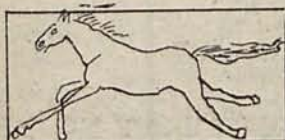
Caricatura de Gallarza
Juan Naya
12 años



Laura
Luis Vidal Ribas
11 años



Carita
Aurorita Carrasco
11 años



Galope.—M.^a Teresa



Chin-chon
J. Izquierdo



Castillo feudal
Julia de la Fuente



Desafío.—Felipín Llopis



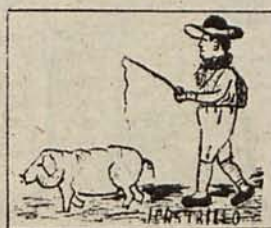
Un aviador
Ricardo Isasi



Paisaje
Aurorita Carrasco
11 años



Gran paseo del Niño de la Palma
Rafael Llevata



Camino de la escuela
Justo Castrillo



El vendedor de Pinocho
J. A. Herrero



Tigre.—Paco Pino



Un sacerdote
judío
Luis Castrillo



Paquita
Aurorita Carrasco



Mi tío
Roberto Revilla



Al Daba - Al Dabón y Al Dabonazo es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.

Precio UNA peseta.



Charleston
F. Alarcón



La bruja pelambrona
Humberto González



Retrato
Felicidad
Sánchez



Mi pobre perrito
M.^a Teresa Pineda
13 años.



Pinocho va de paseo
Juan Madueño



Jazz.—F. A.



Campamento de exploradores.—Julio Alonso.



Currinche
Daniel Ortiz



Un vestido de Pirula
Amalia R. Wiechert



Miraguano
Alejandro Jiménez



Mi perrito
Josefina Zerbía



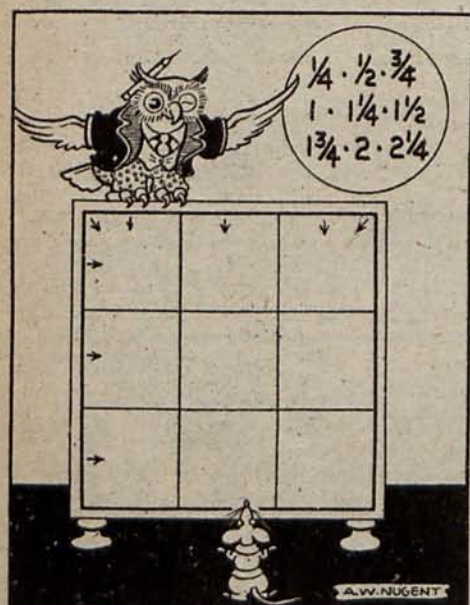
Chonón y el buho
Carmen Jiménez, 12 años

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

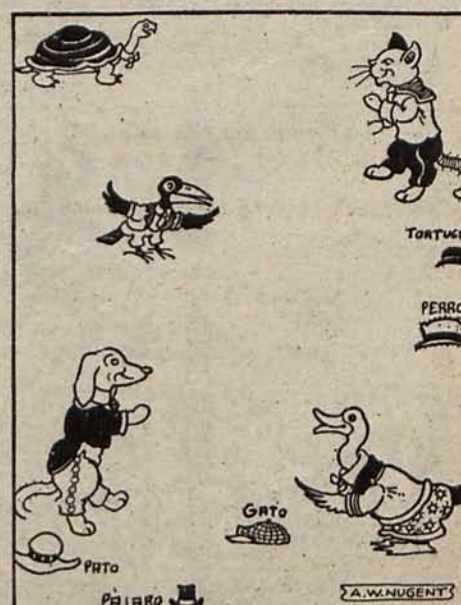


Junto a
este fiero
león hay
un conejo y
dos perros.
¿Los veis?
Pues indi-
cádnoslo
porquenos-
otros no los
vemos ni a
tres tirones



El señor Buho
es un sabio y
quiere colocar
las cantidades
que hay en el
círculo, en el cua-
drado, de forma
que sumadas lo
mismo horizon-
tal, vertical u
oblicuamente
sumen siempre
3 y $\frac{3}{4}$. Ayudadle.

Una racha de
viento ha arre-
batado los som-
breros a estos
animalitos. Me-
nos mal que los
tenían sujetos
con unos hilos.
¿Podeis trazar-
los vosotros de
forma que nunca
se junten con los
demás y que va-
yan desde cada
animal al som-
brero respec-
tivo?



SOLUCIONES DE PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

LAS VACAS PENSATIVAS



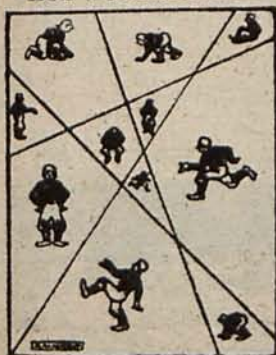
EL HOMBRE Y LOS PÁJAROS



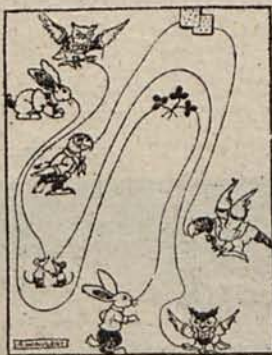
EL BAÑO



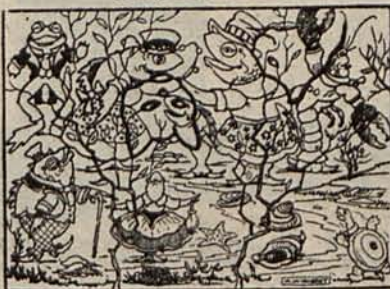
LOS FUTBOLISTAS



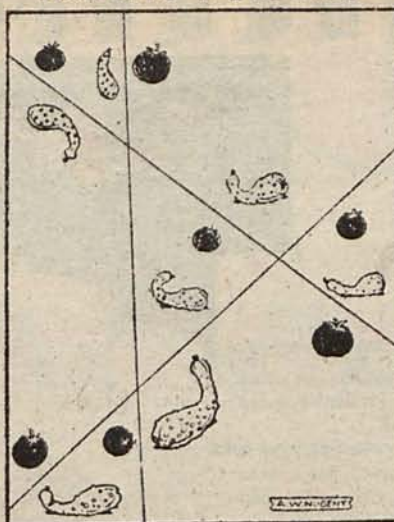
EL QUESO FATAL



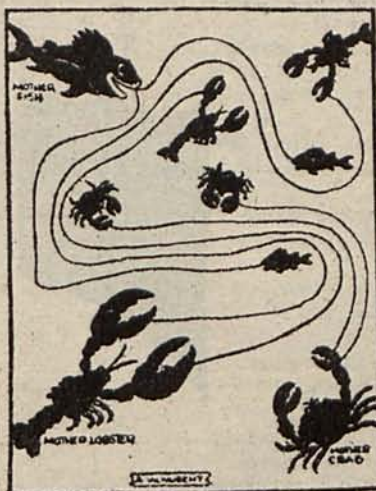
LOS GATOS



TOMATES Y PEPINOS



LOS MARISCOS



LOS SILBIDOS



Dibujo con errores núm. 198

- 1.- Le falta una rueda al elefante.
- 2.- Está mal la sombra del oso.
- 3.- Le falta un ojo al oso.
- 4.- Le falta un eje a una rueda del cochecillo.
- 5.- El guía de éste está por dentro en lugar de por fuera.
- 6.- La pierna del chico está atravesada por las rayas de la tabla del cochecillo.
- 7.- La ese del letrero está al revés.

Dibujo con errores núm. 199

- 1.- Le falta un ojal a un puño.
- 2.- El cuello tiene las puntas desiguales.
- 3.- El pasador del cuello lo tiene al revés.
- 4.- Le faltan agujeros al cinturón.
- 5.- Una división de la corbata es más estrecha que la otra.
- 6.- Le falta a la camisa, debajo de la corbata los ojales y botones.
- 7.- Los tirantes son más largos unos que otros.
- 8.- Una manga de la camisa le nace detrás del hombro.

Dibujo con errores núm. 200

- 1.- Le falta un tirante al muchacho.
- 2.- Los brazos del sillón son distintos.
- 3.- La e del letrero está incompleta.
- 4.- Los sostenes de los brazos del sillón son distintos.
- 5.- Le falta una pata al sillón.
- 6.- La ene de Benito es minúscula.
- 7.- El cepillo está en el aire.
- 8.- La ce de 10 ctmos. está al revés.
- 9.- La pata de atrás del perro está torcida.

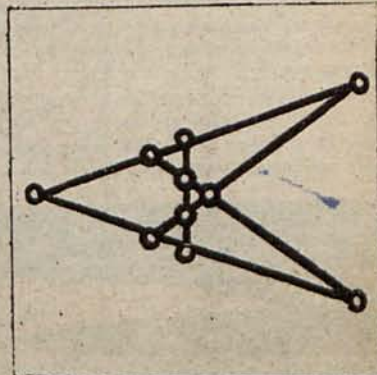
Dibujo con errores núm. 201

- 1.- La señora tiene un lente más grande que otro.
- 2.- Tiene las manos torcidas.
- 3.- El señor tiene el sombrero al revés.
- 4.- Un cristal negro y otro blanco.
- 5.- Los pies torcidos.
- 6.- Al otro caballero le faltan los dedos.
- 7.- A la maleta le falta un filete.
- 8.- Al pantalón del caballero del centro le falta un dobléz.
- 9.- A una manga de la señora le falta la bocamanga.
- 10.- Al caballero del extremo le falta una solapa.

Dibujo con errores núm. 202

- 1.- La visera no tiene cuadros.
- 2.- Los botones de una manga están al revés.
- 3.- La corbata es de dos clases.
- 4.- Un pantalón es bombacho y el otro no.
- 5.- El perro tiene las orejas distintas.
- 6.- Las sombras del suelo están mal.

EL REY Y EL CASTILLO





Sección PIRULA



CUENTOS DE PIRULA. —Cabriflor y los tres huevos del águila.—Es tan raro este nombre de Cabriflor que el de ninguna de mis Pirulindas (y sabe Dios si mis Pirulindas tienen a veces nombres extraños) se le puede comparar.

Y sin embargo, a Cabriflor le iba muy bien su nombre, pues si era linda y graciosa como una flor, también parecía una cabrita por su afición a ir siempre saltando y corriendo, y por su facilidad para trepar por peñas y riscos, en la sierra donde vivía.

(Afortunadamente para ella, vivía en la sierra; si hubiera vivido en una ciudad, no hay duda de que hubiera trepado por las casas y hubiera saltado por encima de los coches y tranvías.)

Una mañana, Cabriflor, trepando por la sierra con su ligereza acostumbrada, llegó a un punto tan abrupto que seguramente allí jamás «la mano del hombre había puesto el pie» según dijo alguien que no sabía lo que se decía.

Entusiasmada se hallaba Cabriflor con su proeza, cuando vio en una anfractuosidad de la roca, en un nido enorme, tres huevos blancos, de un tamaño descomunal.

¡Qué magnífico botín! Recogiendo con una mano una punta de su delantalito de batista azul, fué con la otra depositando los huevos en él.

Pero en el preciso instante en que se disponía a alejarse, oyó un ruido formidable y vio un águila colosal que descendía de las alturas.

Cabriflor se sintió cogida por los hombros entre las terribles garras, levantada en vilo y llevada a través de los aires con una rapidez tan vertiginosa que antes de poder lanzar un grito ya había llegado a la cima de la montaña.

Entonces el águila soltó su presa y mirándola con ira implacable, dijo:

—Niña imprudente y temeraria, devuélveme los tres huevos que me has robado a mí, la reina de las águilas

Toda temblorosa, Cabriflor se disponía a obedecer, pero con el susto y la velocidad de su carrera aérea, había soltado la punta del delantal y ¡sabe Dios adonde habían ido a parar los tres huevos!

—No los tengo—murmuró la pobrecilla— Los he perdido.

—Te doy un plazo de tres días para encontrarlos y traérmelos a mi nido; si no, te alcanzaré estés donde estés, y con mi pico y con mis garras te mataré.

Y, con un graznido feroz, desplegó sus inmensas alas y desapareció.

Cabriflor descendió de la montaña, más no brincando alegremente según su costumbre, sino triste y pensativa. Al llegar abajo se sentó en el suelo y se echó a llorar. No, nunca encontraría los tres huevos en aquella inmensidad abrupta; estaba perdida sin remedio.

Al cabo de un rato, levantó la cabeza y, a través de las lágrimas que nublaban sus ojos, vio algo extraño: de un río que corría a sus pies, surgía un grueso y hermoso salmón que la miraba con ojos suplicantes y angustiados y con la boca abierta. Cabriflor

comprendió que se le había atravesado algo en la garganta y que estaba a punto de ahogarse.

Ella era buena, tanto que por mucha pena que tuviera, no por eso dejaba de compadecerse de las ajenas. Olvidándose por un momento de su horrible situación, cogió el salmón, le metió la mano en la boca y sacó...un huevo, sí, uno de los enormes huevos del águila real.

El pez volvió a sumergirse en el agua, antes de que Cabriflor pudiese lanzar un grito de alegría. ¡Ya tenía uno! Pero...¿y los otros dos?

Preocupada, pero un poquito más tranquila volvió a su casa; se acostó sin cenar y tuvo toda la noche pesadillas horribles; soñó que los tres huevos volaban en torno suyo, burlándose de ella, y que el águila se aprestaba a destrozarla con sus garras y con su pico.

Al día siguiente, Cabriflor, muy de mañana se encaminó hacia la montaña.

Pero por más que se pasó el día buscando y rebuscando o mirando al río con la esperanza de ver surgir del agua a otro pez, salmón, carpa o lo que fuese, que se estuviese atragantando, el huevo no apareció por ninguna parte.

Descorazonada, Cabriflor volvía tristemente a su casa cuando vio en el camino a una niña miserablemente vestida que lloraba, inundando de lágrimas una gallina que tenía entre las manos.

Buena y compasiva, como ya sabemos que era nuestra heroína, se apiadó en seguida y preguntó a la niña lo que le pasaba:

—Mis padres me han mandado a la ciudad a vender esta gallina y nadie me la ha querido comprar, por flaca—contestó la niña— Esta noche, me pegarán y me dejarán sin cenar.

Sin vacilar, Cabriflor sacó todos sus ahorrillos que llevaba en un bolsillo y que rebasaban en mucho el precio del volátil:

—Toma—dijo—véndemela y con el dinero que te sobre, te compras lo que quieras.

Y he aquí que apenas se hubo alejado la niña, la gallina se escapó de las manos de Cabriflor, cantó tres veces: «¡Cloc! ¡cloc! ¡cloc!» y puso un huevo; pero un huevo que empezó a crecer y crecer tanto que en seguida se convirtió en un huevo gigantesco, un huevo de águila real.

La gallina desapareció volando con más agilidad que una golondrina y Cabriflor volvió a su casa brincando de alegría.

Aquella noche, durmió casi tranquila; ya no tenía por qué apurarse; estaba visto: todo se arreglaba como en los cuentos.

En dos días había recuperado dos huevos; el tercero y último día que le quedaba, recuperaría el tercero y último huevo. ¡Estaba salvada!

En efecto, así sucedía antiguamente en los cuentos; pero en los de ahora las cosas han variado mucho. Y, ocurrió que el día siguiente...

Pero ese día siguiente de Cabriflor será para nosotras, si os parece, el domingo siguiente...a este.

